

LA FORTUNA DE DON SANTIAGO LATOSO

LA FORTUNA DE DON SANTIAGO LATOSO

Enrique le habla a su hermano Ernesto: "No sé si tú te recordarás, pero por si acaso la memoria se te ha ido, te ha sido infiel, es conveniente que sepas y bien sabido, que Juan es mayor que tú por varios años y mayor que yo, pero por menos años. Es también necesario que sepas que a Juan se le quería, consideraba y respetaba por todos. Hasta los recién llegados, sentían admiración por él, al verlo tan laborioso, justo y consecuente". Pues bien: "Empezaré por decirte que es oportuno te narre la historia completa de como nuestro padre logró adquirir La Finquita, que aun conservamos en el Barrio Lajas. Allá voy. Pon toda tu atención; pero toda tu atención":-

"En menos de un año la adquirió. Tú eras un jovencito de diez años cuando él empezó a economizar el primer centavo, y cuando estabas llegando a los once, ya era dueño por completo de toda. En un año la compró, pagó algo de contado y el resto lo saldó en el curso del año, haciendo grandes economías y sacrificios. Juan, como el mayor de todos, era el que más trabajaba de nosotros. No debemos olvidar a mamá, tan laboriosa como papá, más que Juan, y la que se sacrificó tanto como ellos. Puedo decirte, sin lugar a dudas ni equivocaciones, que papá, mamá y Juan fueron los que más trabajaron para comprar La Finquita. Yo, como de los del medio y enfermizo por naturaleza, casi no hacía nada, y tú, como el más pequeño y regalón al fin, no dabas ni un tajo. Nuestras hermanas Casilda y Leonor, cuando jóvenes, se ocupaban de los quehaceres domésticos y por eso mamá podía trabajar para la calle. Ellas, atendiendo a la casa, pusieron también su piedrita. Papá tenía un cerdo, que como llegó a engordar y a crecer tanto, lo vendió en cincuenta pesos. Este cerdo, pequeño, le costó setenta y cinco centavos, los que ganó picando piedras. Juan obtuvo de su padrino de bautismo, el

día que le echaron agua, una cabrita que llegó a hacer tres partos, y con todo y sus crías la vendió en veinte y cinco pesos. Era de raza. Mi madre, cosiendo constantemente en su máquina, logró economizar veinte y cinco pesos exactos. Con estos CIEN PESOS fueron nuestros padres a la casa de Don Zenón Pascual, dueño de La Finquita y le ofrecieron por ella quinientos pesos, dándole cien de contado y los otros a razón de cien por año hasta saldar la deuda. Don Zenón no vaciló en aceptar, con la condición de que, quedara hipotecada La Finquita para responder de los cuatrocientos restantes, y mi padre cerró el negocio en acto. Tuvimos que irnos a vivir a La Finquita, pues obligación era la de papá trabajarla, con miras a pagar lo adeudado en el término convenido. Del Barrio Pomadas, en donde vivíamos, nos trasladamos al de Lajas en donde radicaba La Finquita. La distancia entre un barrio y otro era regular, no más ni menos de tres kilómetros. En La Finquita había una casa igual a la nuestra, un pozo de agua clara y fresca como el aljibe, una mancha de café, un pequeño platanal, mucha yerba guinea y varios árboles de frutas. Aquello era una taza de oro. Excuso decirte que caímos en La Finquita como en coche. Nadie se enfermó. Con los nuevos vecinos hicimos estrecha amistad y fue tan grande la suerte que tuvimos que todo lo que sembrábamos lo cosechábamos. Nada se perdía. Papá, con un arrimado, trabajaba a diario y con mayor interés en La Finquita. Juan, que también la atendía, se ocupaba de las vacas, los bueyes, de varios cerdos, de las aves, de cuatro caballos y de otros negocios. Mamá, que vez en cuando le echaba su ojeada a La Finquita, se ocupaba principalmente de coser. La Finquita estaba a un kilómetro de La Peña, pequeño poblado que abarcaba como dos cuerdas de terreno con su placita dividido en seis cortas calles y alojaba en su seno alrededor de doscientas personas. Yo no sé como llegó a oídos de los moradores de La Peña, que mamá era costurera. Lo cierto fue que nunca le faltaron en su mesa de trabajo un par de docenas de trajes. Unos a cuatro reales y otros a peseta, a fin de cada mes, cubiertos los gastos de los materiales, le sobraban no menos de ocho pesos. La prosperidad empezó a sonreirnos de tal manera, que al cabo del año, como te dije al principio, se pagó La Finquita. De aquí en adelante todo era nuestro,

para la casa. No había deudas a qué atender. A los pocos años de ser nuestra La Finquita, destruimos la casa en donde vivíamos y fabricamos otra en La Peña. Para esta época, ya tú tendrías como catorce años y estoy seguro de que te recordarás de la vida que se hacía en tan diminuto como silencioso caserío".

"Sí, sí, sí.... Me recuerdo", dijo Ernesto y agregó: "Me consta que el que más mandaba en La Peña era un tal don Jesús Mendel. Digo el que más mandaba, porque era El Comisario del barrio y vivía lo más acomodado a la entrada de ese pueblito. Había sido nombrado Comisario por el Alcalde de Buena Vista, a cuya ciudad pertenecía La Aldea. Me recuerdo que don Jesús y papá hicieron íntima amistad y las visitas de la familia de él a mi casa y vice versa, se sucedían con frecuencia. Don Jesús tenía varios hijos y no me olvido de Gabriel, de más o menos de mi edad, que ahora ocupa brillante posición en el comercio de Buena Vista".

"Es verdad, muy cierto, todo lo que tú dices", manifestó Enrique, "Yo que soy mayor que tú, me recuerdo que eso que acabas de informarme, es tal y como tú lo relatas. Déjame que ahora te hable de las fiestas que don Jesús y papá se inventaron".

"¡¡Ah!! Sí". Contestó Ernesto. "Cuéntame todo, que aunque tengo idea exacta de las mismas, me gustaría más oír que explicar".

"Papá, don Jesús y otro vecino de La Peña, continuó Enrique, un domingo por la tarde se reunieron en mi casa y acordaron designar un patrón para La Peña. Aquel vecindario desconocía, por completo, lo que eran fiestas. Su vida era trabajar, comer y dormir. Don Jesús, como Comisario, al fin, y como un Comisario en aquella época valía tanto, reunió en mi casa a los más acomodados de La Peña, que no llegaban a diez, y después de una amigable discusión, triunfó don Jesús y designaron a San Silvestre patrón de la Aldea. Para comunicar al Alcalde de Buena Vista el resultado de aquella reunión se nombró una comisión compuesta de don Jesús, papá, don Nolberto Saldas, Maestro Graduado, y a don Aureo Latonia, un comerciante en pequeña escala. Ya papá, podía decirse, que era el segundo en mandar en La Peña. Don Jesús siempre el primero, pues nadie osaba desplazarlo de su cargo, por ser hombre de peso y medida. Papá ganó buenas amistades en La Peña y cuando don Jesús se enfermaba o se ausentaba, papá lo sustituía. El Alcalde de Buena Vista hizo estrecha amistad con papá y

y de vez en cuando se daban en casa las grandes ribotas. De Buena Vista no faltaba nunca, La Plana Mayor, en estas comelonas y de La Peña no se quedaban sin ir, ni las piedras. Estos convites duraban todo un día con su noche y se distinguían por la abundancia de lechón asado, dulces criollos, el rico café prieto y para pisar el indispensable palo de ron viejo. Como íbamos creciendo; como en la escuela graduada de La Peña no se cursaban grados altos, y en vista de que la fortuna de papá aumentaba, nos trasladamos a Las Flores, donde ahora residimos, ciudad más importante que Buena Vista y más saludable. Aquí nos educamos y nos hicimos hombres. Tú fuiste luego a Europa, y regresaste hecho todo un médico; yo me hice abogado por estudios libres; nuestras hermanas son profesoras, y Juan, que es un agricultor solvente, posee alrededor de cien cuerdas de terreno en las vegas del RIO LIMON. Vivimos bastante cómodos y atendemos a nuestros padres, ya cansados, que todo lo dieron por nosotros. Es justo que ellos descansen. Así viejos, como están, se sienten felices".

"BUENO... BUENO... BUENO", ... Balbuceó Ernesto, y luego de una corta pausa, preguntó: "¿Por qué no vamos a La Peña para pasar un día con aquella buena gente y recordar los tiempos ya idos?"

"Aceptado." Respondió Enrique. "Pero con la condición de que papá y mamá no falten a ese pasadía. Sin ellos ese viaje no tendría nada de agradable. Avisemos a los demás de la familia y además fijemos la fecha. Me parece que ninguna otra mejor que el día del patrón de La Peña, San Silvestre, ya próximo a llegar".

"¡¡FELIZ idea la tuya!!" Gritó Ernesto y agregó: "Sin oposición de mi parte y te aseguro que no la habrá de parte de nadie".

Todos, convenientemente preparados, se pusieron en marcha. Dos lujosos automóviles para Don Santiago y su familia y otros dos para algunos invitados de Las Flores, pues las relaciones de amistad de Don Santiago, en esta ciudad, le exigían que algunas personas les acompañaran, entre estas el Alcalde. Llegaron a La Peña poco antes de las ocho de la noche y ya Don Jesús, avisado de antemano, tenía

preparada una casa en donde alojar a don Santiago con su familia y a sus invitados. Eso no fue recibimiento: Cohetes, música, hojas sueltas, comisiones y todo lo que uno puede imaginarse. La noche la perdieron, pues don Santiago, don Jesús y sus respectivas esposas recordaron, con agrado, sus tiempos pasados. Los hijos de don Santiago, los de don Jesús, los invitados de Las Flores y la poca juventud de La Peña se amanecieron bailando. No hubo un momento de descanso.

Al siguiente día, fiesta desde el amanecer hasta la hora de la despedida de don Santiago y su familia. Un suculento almuerzo fue servido al mediodía en honor de don Santiago y su comitiva. Al anoecer, una comisión presidida por don Jesús, el insostituible Comisario, los acompañó hasta la salida de La Peña. La música dejó oír sus mejores notas, mientras la muchedumbre gritaba: ¡ VIVA DON SANTIAGO!! VIVA SU FAMILIA!! VIVA LA PEÑA!! VIVA NUESTRO COMISARIO!! DIOS LES DE LARGA VIDA A TODOS Y QUE VUELVAN PRONTO!!